

Notas y variaciones sobre la naturaleza humana y la realidad

José Antonio MATESANZ*

En las páginas que siguen me propongo plantear de modo muy somero algunas ideas sobre la naturaleza humana, preparando así el camino para reflexionar posteriormente con mayor detalle sobre la naturaleza del historiador y de la realidad histórica. No trato aquí de hacer una historia de lo que se ha pensado sobre el tema de qué o quién es el hombre, que ha sido mucho y muy sustancioso sobre todo en nuestra lengua —consideremos, por ejemplo, los textos de Francisco Romero, José Gaos y Eduardo Nicol—,¹ sino proponer algunos caminos novedosos que pueden abrir perspectivas diferentes a las que estamos acostumbrados en nuestro ambiente académico.

Una de las características del ser humano que propongo tengamos en cuenta porque puede ser de interés para el historiador, proviene de la sabiduría hindú tradicional, la cual afirma que el hombre es de origen divino. Tal afirmación no es exclusiva de esa cultura; se da en muchas otras. Sin ir muy lejos, en la Biblia se afirma que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, y en múltiples escrituras sagradas de todo el mundo se postula que dentro del ser humano hay una chispa que proviene de la divinidad.

Por lo que pueda tener de significado para el historiador, creo conveniente ponderar aquí una escritura hindú² que habla precisamente de las características de Dios, y que puede prestarnos su estructura para conducirnos por estos caminos, para correlacionarlas con las del ser humano, y para ver, a fin de cuentas, o por principio, en qué pueden relacionarse, e iluminarnos sobre la realidad del historiador y de la historia misma.

En la literatura sánscrita se suele hacer un gran énfasis en que el universo ha sido creado por la divinidad por medio del sonido, y en que ese sonido se manifiesta fundamentalmente en forma de palabras. La palabra misma se concibe como una enorme fuerza creadora. En la literatura sánscrita, y por consiguiente en la cultura hindú, se ha destacado específicamente cuál es la palabra con la que la divinidad crea el universo. Es ya bien conocido que esa palabra es AUM.³

* Doctor en historia por El Colegio de México. Profesor de tiempo completo Titular “C” definitivo (PRIDE “C”), en los Colegios de Historia y Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del Conacyt, como Investigador Nacional Nivel I.

¹ Francisco Romero, *Teoría del hombre*, Buenos Aires, Losada, 1965. José Gaos, *Del hombre*, México, FCE-UNAM, 1970. Eduardo Nicol, *Ideas de vario linaje*, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 1990.

² Citada en *The aphorisms of Shiva. The Shiva Sutra with Bhaskara's Commentary, the Varttika*, Nueva York State University of New York Press, 1992, p. 190.

³ Podemos encontrar una muy amplia exposición sobre los significados de AUM en Georg Feuerstein, *The Yoga Tradition. Its History, Literature, Philosophy and Practice* (Foreword by Ken Wilber). Prescott, Hohm Press, 1998.

Los mitos actúan como metáforas del mundo. En uno de los mitos hindús se cuenta que cuando la divinidad se despierta de su sueño intemporal, advierte sobresaltada que está sola, completamente sola. No existe nada más que ella misma; no hay ni siquiera un mundo donde estar; no existen ni el tiempo ni el espacio. Decide entonces crearse su propio espacio, su propio tiempo y su propia compañía: decide crear mundos y seres.

Ahora bien, ¿qué va a utilizar para esa creación? No existe ningún material fuera de sí misma; no hay ladrillos, cemento, arena, piedra, telas, colores, palabras, ideas, materiales, en fin, nada de lo que el artista humano se vale para realizar sus creaciones. No hay nada más que ella misma. Entonces tiene que actuar como las arañas que construyen su tela a partir de su propia sustancia. Ellas mismas la segregan de sí mismas. El mito postula entonces que la divinidad crea el mundo a partir de su propia sustancia. La divinidad se proyecta, creando, y esa creación la tiene que situar en sí misma, pues no hay un espacio ni un tiempo fuera de ella. Y crea por medio de una palabra, un sonido, la célebre partícula AUM, dentro de la cual se afirma que existen todos los sonidos posibles. La divinidad crea múltiples universos, los elimina, los reabsorbe y se esconde dentro de ellos.

También en la cultura judeocristiana encontramos esta idea. El evangelio de san Juan principia con la célebre afirmación:

En el principio existía la Palabra
y la Palabra estaba con Dios,
y la Palabra era Dios.
Ella estaba en el principio con Dios.
Todo se hizo por ella
y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.
En ella estaba la vida
y la vida era la luz de los hombres,
y la luz brilla en las tinieblas
y las tinieblas no la vencieron.⁴

En la cultura hindú la palabra que está en el principio, y con la cual se crea el universo es AUM. En la cristiana, la Palabra se convierte en Cristo.

Podemos hacer correlaciones entre la física cuántica y el conocimiento esotérico antiguo, lo cual ha abierto muchos nuevos caminos para explicar lo que todavía no sabemos. Hay físicos que aseguran que en el universo está resonando esa partícula, creándolo de continuo. Se han hecho muchos experimentos con *esa* partícula exactamente. En uno de ellos se utiliza un aparato que consiste en una tela sobre la cual se pone arena, y a la cual se le proyecta esa palabra, esa partícula de AUM, y la forma que ha producido es precisamente el Maha Yantra, una figura que dentro de la tradición hindú representa el universo creado.

Ciertos sonidos producen ciertas formas, por eso es posible poetizar afirmando que todas y cada una de las formas que existen en el universo provienen de sus propias canciones, que las configuran, que las hacen, que les dan forma. Resulta muy atractivo pensar que mi existencia misma pende de una canción, que me es propia y exclusiva, concebir que la inagotable variedad de los seres que pueblan el mundo tienen su propia tonada.

⁴ *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1992, p. 2431.

Ahora bien, regresando a las características de la divinidad —ya hemos postulado que pueden ser las que distinguen a los seres humanos—, de acuerdo con la tradición escritural hindú en cuestión, que gusta mucho de los análisis semánticos, están derivadas de la propia raíz del nombre: Deva, Devi, Deva = Dios, Devi = Diosa. La raíz de la palabra es “Div”, que tiene seis significados, a cual más interesantes y significativos.

Espero que resulte instructivo analizarlos para ver si podemos identificarnos con ellos, y ver si en efecto las características divinas son también humanas, y si son, por tanto, también por lo menos algunas de las características del historiador, a quien nadie, espero, podrá negarle que es ser humano.

En primer lugar significa *juego*. La estructura misma del juego tiene mucho que decirnos sobre las formas en que actúa la divinidad, y también sobre la naturaleza humana, la naturaleza del historiador, y sobre la estructura de la acción del historiador mismo y de la historia. Los principios mismos del juego permiten establecer que en todos los juegos —sean de mesa o tablero, deportivos, de inteligencia, socializantes, etcétera— hay un espacio y un tiempo arbitrarios, convenidos, que han sido abstraídos del espacio y el tiempo comunes y corrientes, y que en cierto sentido han adquirido la categoría de sagrados, sacralizados, es decir relacionados con el sacrificio. Además, se ha convenido en ciertas “reglas del juego”, que los dotan de estructuras dentro de las cuales se pueden mover los jugadores con gran libertad y creatividad, en principio inagotables, pero con los límites establecidos por las reglas convenidas.

Una de las críticas que suelen hacerse al ejercicio de la política o de las relaciones humanas en ciertos entornos es precisamente “que las reglas del juego no están claras”, o que no se obedecen. Todo juego tiene sus “faules”.

Observando en profundidad el objetivo mismo de todo juego, además de propiciar el ejercicio de nuestras potencialidades al máximo (a los jugadores que se han esforzado al máximo se les perdona que pierdan), está el de acceder al gozo total, al éxtasis mismo, durante el juego y al término de éste. Lo ejemplifica con claridad el grito de la muchedumbre cuando su equipo, con el que juega vicariamente —el público es un jugador extra—, anota un gol; o la profunda satisfacción que sobrecoge al jugador de ajedrez que ha podido darle mate al rey contrario, o incluso cuando se deja llevar por la profunda emoción de estar perdiendo. Sobre esto último, la profunda emoción del perdedor, Stefan Zweig ha escrito espléndidos cuentos.

La divinidad juega. Juega en ciertas formas muy peculiares. Juega libre del deseo de ganar y del miedo de perder, juega por el puro gusto de jugar. Juega al juego de verterse a sí misma, “hacia afuera”, hacia la manifestación del cosmos entero, inspirada por su propia naturaleza, que es un éxtasis creador ininterrumpido e inagotable. Juega a las escondidas, pues se esconde de sí misma y de los seres humanos. La naturaleza misma de Deva, de Dios —o de la Diosa—, es el éxtasis continuo; experimentarlo es el propósito específico y concreto del juego, sea o no consciente. Jugamos para gozar, sea con el fútbol, con la guerra o con el amor.

Entre las características de Div, en segundo lugar está *el deseo de prevalecer, el deseo de salirse con la suya*. En este sentido no iría muy descaminado si le adjudico a la divinidad una naturaleza fundamentalmente femenina. Para ejemplificar esto recurro a un cuento clásico en el que se narra que en cierta ocasión el rey Arturo, de mítica memoria, fue retado a luchar por un caballero vestido de negro, con el rostro cubierto por la celada de su yelmo. El rey Arturo, orgullosamente, apostó su reino, y el caballero de negro el suyo.

El rey perdió. El caballero desconocido le dijo entonces:

—Te regreso tu palabra si me contestas una sola pregunta, una sola.

—¿Cuál es?, preguntó ansiosamente Arturo.

—Quiero que me digas qué es lo que quiere una mujer. Tienes de plazo hasta mañana. Trotando hacia Camelot, ensimismado y preguntándose cuál podría ser la respuesta, de pronto se le atravesó en el camino una vieja: la Dama Ragnell. Era horrible, estaba jorobada, era tuerta, coja, desdentada, iba cubierta de harapos. Detuvo el caballo del rey por la brida y le dijo:

—Rey Arturo, yo tengo la respuesta para la pregunta que te inquieta. Te la voy a dar, pero tiene un precio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero casarme con Sir Gawain.

Sir Gawain era el caballero más apuesto y cotizado de la corte, pero al rey le pareció que el precio de su reino bien podía ser la mano de uno de sus más fieles caballeros. Estaba seguro de que el caballero le obedecería, fuera cual fuera la orden, y por lo pronto quiso jugar con la vieja.

—Está bien —dijo—. Aceptado. ¿Qué es lo que quiere una mujer?

—Lo que quiere una mujer es salirse con la suya.

—Te estás burlando de mí —replicó irritado el rey.

—Hablo en serio. Ve y corrobóralo.

El rey se apresuró a regresar con el caballero desconocido, quien, efectivamente, aceptó que ésa era la respuesta correcta.

Regresaba feliz el rey hacia su castillo, olvidado de su promesa, cuando la vieja se le atravesó de nuevo.

—Es hora de que me pagues —dijo.

No tuvo más remedio que llevársela a Camelot, y ahí le informó a Sir Gawain de su promesa, palabra de rey.

Las lágrimas y los lamentos de las damas de la corte que se habían hecho ilusiones sobre el hermoso caballero no ablandaron a la vieja, que especificó sus deseos: boda en regla, vestido de lujo, cardenal para officiar la ceremonia, catedral, flores, damas de honor, banquete, músicas y todo lo demás.

La ceremonia se llevó a cabo. Todo mundo desorbitaba los ojos, viendo aquel caballero tan joven, tan elegante, tan guapo, que por fidelidad a las órdenes de su rey se casaba con aquella bruja horrenda, vestida de sedas, cubierta de perlas y diamantes. A la hora en que terminó la fiesta Sir Gawain se quiso escurrir y se despidió galantemente de su esposa, pero ella lo tomó de la mano y le advirtió:

—Nada de eso, Sir Gawain. Esposo y esposa pasan juntos la noche.

Ya solos en la alcoba nupcial, la vieja se le acercó, amorosa.

—Dame un beso —le dijo, y Sir Gawain, que ya se había acostumbrado a obedecer, se lo dio.

¡Y, oh maravilla! Aquella vieja de pronto se convirtió en una hermosísima doncella, tan hermosa como quiera la imaginación. Sir Gawain pasó feliz la noche con ella.

En la mañana la doncella le dijo: “Fíjate que ese beso de amor que me diste rompió el conjuro que me impuso una bruja enemiga, pero ese beso nada más me libró de la mitad.

Ahora tú tienes que escoger: yo puedo pasar solamente medio día, así como me ves, joven y guapa; el otro medio día regreso a ser vieja y fea. ¿Qué prefieres? ¿La noche o la mañana? ¿Doce horas durante el día o doce horas por la noche?

Entonces, Sir Gawain dijo: —Elige tú.

La mujer sonrió triunfante: —Acabas de librarme de la segunda parte de mi maldición al permitirme elegir.⁵

¿Podemos tener alguna duda de que, efectivamente, lo que una mujer quiere es salirse con la suya? Cualquiera que sea esa “suya”, lo que la mujer quiere es prevalecer, triunfar en lo que se propone; y no estará de más agregar que ese deseo, consciente o inconsciente, es también el del hombre.

La intención de la Devi, del Deva, es ser superior a todos, prevalecer, y en eso consiste su propia libertad, salirse con la suya, esa es su libertad divina. ¿Hay alguien, ser divino o ser humano que no tenga deseos de prevalecer y de triunfar, y que no valore la posibilidad de elegir el triunfo o el fracaso, condición específicamente humana?

En tercer lugar, otra de las características de la divinidad es *comportarse en formas muy variadas*. La divinidad no está atada a una forma de comportamiento concreta, y a veces pueden ser formas que de acuerdo con nuestra ética y moralidad humanas nos pueden parecer feroces. La divina naturaleza, por ejemplo, da muestras de ferocidad; sin embargo, no le podemos adscribir ni buenas ni malas acciones; la “ferocidad” es un juicio de valor humano. No podemos decir que las tormentas que se han abatido sobre las costas del mundo sean “malas” o “buenas”. Sencillamente son. Que los animales busquen en primer lugar su supervivencia, y que para ello maten, tampoco es ni bueno ni malo, es sencillamente una condición misma de la naturaleza.

También una de las características del ser humano, como del ser divino, es que nos comportamos en formas muy variadas. Es nuestra naturaleza, es nuestra libertad, es nuestra capacidad de elegir. Se manifiesta fundamentalmente en el discurso del pensamiento. Basta con observar nuestra propia mente, que es capaz de crearlo todo. Por supuesto, cosa muy distinta es llevar ese todo a la práctica, concretarlo, materializarlo, pero en la mente podemos imaginarlo todo. La diferencia con Dios es que Él-Ella sí puede llevarlo a la práctica. ¿Sin esfuerzo?

¿Inmediatamente? No, no es cierto eso de que Dios dijo “Hágase la luz” y la luz se hizo, o “Háganse los animales” y los animales se hicieron, inmediatamente y en aquel instante. También Él-Ella, o Ella-Él, si se prefiere, tiene sus tiempos, también la creación se toma sus millones de años, como nos lo muestra la evolución. También ella hace ensayos, como nos lo muestra la historia de los dinosaurios.

Una cuarta es *el brillo, la iluminación*, el hecho de que fundamentalmente la divinidad es luz. Él brilla, Ella brilla, y por eso manifiesta todas las cosas. Lo ilumina todo y se ilumina a sí misma, como el sol. No podemos imaginar un mundo sin luz. No sería posible. No podríamos ver lo que hay. La luz está aquí y en todas partes. Está sobre todas las cosas y todos los seres, y por eso nos podemos ver, y por eso mismo podemos ser e iluminar aquello en que nos enfocamos, nuestros “objetos”.

En quinto lugar Él-Ella también *es alabado*, porque todas las cosas se inclinan hacia Él o Ella. Ella-Él es la creadora de todo lo que existe. No hay nada en el mundo que no surja directamente de la divinidad. Si hubiese algo más, podríamos preguntar ¿quién lo hizo? ¿De

⁵ He tomado el cuento del libro de Swami Durgananda, *The Heart of Meditation. Pathways to a deeper experience*, South Fallsburg, SYDA Foundation, 2002, pp. 120-122.

dónde salió? Todo está hecho de Su propia sustancia, y por eso merece alabanza. También la merece el ser humano por su capacidad creadora.

Y en sexto lugar es *movimiento*. Todas y cada una de estas características se conectan unas con otras. La divinidad se mueve continuamente, como continuamente se mueve el ser humano, el tiempo y el espacio, y por supuesto la historia. Sus cualidades son por una parte el conocimiento, y por la otra la acción, es omnisciente y todopoderosa, no tiene límites, todo está bajo su control y en movimiento constante. En el evangelio se afirma también algo que a primera vista puede sonar un tanto sorprendente —el evangelio está lleno de afirmaciones sorprendentes—; en algún momento dice: “No caerá a tierra ni uno solo de tus cabellos sin que el Señor lo permita, y no caerá a tierra ni una sola de las hojas de un solo árbol sin que el Señor lo permita”. ¿Entonces la divinidad está atenta a las hojas de los árboles y a los cabellos de mi cabeza? ¿Todo lo controla? Según señala esta característica, todo movimiento es Su propio movimiento, y haciendo la extensión del caso, Sus movimientos, de alguna manera, son los nuestros. Por lo que concierne a la capacidad mental humana, ella es también capaz de concebirlo todo.

Naturaleza divina, naturaleza humana, por tanto naturaleza del historiador, que incide directamente con la actividad misma del historiador, de aquello de que se ocupa, de sus objetos, de la realidad histórica. ¿Qué es la realidad histórica, qué es la realidad misma? Se suele acudir en muchas ocasiones al término “la realidad”, sobre todo cuando se quiere acusar a alguien de que no la tiene en cuenta. En muchas diatribas podemos leer la acusación “Fulano de tal no tiene en cuenta la realidad”. Y ante esta acusación lo primero que viene a la mente es ¿la realidad según quién? ¿Acaso la realidad, cualquier cosa que ella sea, se nos da tal cual, directamente?

En su significado propio y común, tomado de algún diccionario de filosofía, “la realidad” designa el modo de ser de las cosas, en cuanto existen fuera de la mente humana, e independientemente de ella. ¿Es posible esto? ¿Hay algo que exista fuera de la mente humana? Es evidente que sí. Pero lo que ya no es tan evidente es que yo me pueda apropiarse de esa realidad, la que sea, sin recurrir a mi mente, sin recurrir a mis sentidos, sin recurrir a alguna mediación. Toda realidad se capta a través de mediaciones. El historiador tiene muchas.

La más común de esas mediaciones es la que nos proporciona la vista. Y aunque el instrumento directo de nuestra vista son los ojos, la operación de ver es también, y sobre todo, mental. El ojo capta luces, sombras y colores, pero inmediatamente, en una fracción de segundo, revisamos lo que vemos según el archivo guardado en la memoria, y *reconocemos* aquello que vemos comparándolo con lo que hemos visto anteriormente. De aquí el movimiento de sorpresa y de desconcierto al ver algo totalmente nuevo. Para ver algo hemos de categorizarlo. Y sea nuevo o familiar, del archivo subconsciente de la memoria pasamos a la siguiente operación del ver, que es utilizar el intelecto para nombrarlo. Por medio de la potencia del intelecto es que verdaderamente vemos al nombrar. El intelecto juzga, discierne, categoriza, nombra; en otras palabras, crea. La operación de ver no termina ahí, pues a la vez que funciona el intelecto, funciona también la capacidad de apropiación, el ego: “soy yo el que ve, esto o aquello”. Entonces la definición de realidad como “aquello que existe en cuanto está fuera de la mente humana”, funciona en cuanto no nos estamos apropiando de ella, pues al momento de hacerla nuestra no tenemos más remedio que usar las potencias del aparato psíquico, es decir, de la mente.

No será ocioso plantear a continuación un problema de cierto interés filosófico: la realidad, ¿es una sola, o son muchas realidades? Una rápida respuesta puede ser que la realidad posi-

blemente sea una, pero lo que es evidente de inmediato es que hay muchas formas de captarla. La realidad exige muchas mediaciones.

El hombre se caracteriza por su capacidad de extender sus sentidos a fin de captar la realidad que lo rodea, y la suya propia. Un par de anteojos es una extensión de mis ojos, una pluma o un desarmador son extensiones de mis manos, un coche de mis pies y un avión una extensión de mis alas, o de mis deseos de volar. Por medio del espejo puedo verme, aunque mi izquierda esté a mi derecha. Los libros son extensiones de nosotros mismos.

Para ver que efectivamente la realidad es una, podemos utilizar extensiones que pone a nuestro alcance la tecnología contemporánea.

Hace varios años, en la estación del metro La Raza colocaron fotos tomadas del libro *Powers of ten: about the relative size of things in the universe (Poderes de diez: sobre el tamaño relativo de las cosas en el universo)*.⁶

A manera de introducción, en el libro se hace una explicación sobre el tipo de mediciones que va a hacer, utilizando “poderes” de diez, es decir, se van a tomar fotografías cada diez “pasos”; entonces de un metro se pasa a diez metros, a cien metros, a mil, a diez mil, cien mil, etcétera. Y al revés, es decir a cantidades cada vez más pequeñas, pero siempre con un múltiplo de diez.

Las fotografías están tomadas directamente de la realidad que podemos ver a primera vista. La foto que inicia la secuela es de una pareja que está acostada en un parque en Chicago, celebrando un picnic, con su canasta de comida. Después la cámara se enfoca en la mano del hombre, que es la dimensión a que estamos acostumbrados. Es la dimensión que tiene, por ejemplo, una silla, un borrego, un sembrado de trigo, una rueda, un leopardo, un pavo real, es la dimensión común y corriente. Pero luego la cámara empieza a introducirse en la mano del caballero, es decir empieza a tomar fotos de distintos niveles y distintas dimensiones. Si la primera foto está tomada a un metro, la siguiente es a diez centímetros. Tenemos entonces la dimensión de un reloj, una mano, una rana, un camarón, un ratón, una flor. La siguiente va más hacia adentro de la piel, a un centímetro, y la piel se magnifica. La dimensión es entonces la de un teclado, unos pequeños botones de plata, un champiñón, un insecto, una huella digital, la forma que tiene la espuma del jabón. Luego la cámara entra más en la piel, y está a un milímetro, el tamaño de una semilla, la textura de un tejido que parece un campo sembrado, un organismo acuático, la sal de mesa, la cabeza del tornillo de un reloj, circuitos electrónicos que parecen una ciudad vista desde arriba. La siguiente es de 10,100 micrones, y es la dimensión de un tejido, de los surcos de un disco de 33 revoluciones, un protozoario, unas criaturas marinas. Luego puede verse un vaso sanguíneo, y un linfocito, un glóbulo blanco, que finge ser una especie de flor. Aquí la cámara ya va a los 10 micrones, en el nivel 10 a la -5, y va profundizando cada vez más. Sigue el nivel de un micro metro, en el que podemos ver bacterias, muchos organismos marinos, células, las más pequeñas células del cuerpo humano.

En el libro se afirma que en un cuerpo humano, por ejemplo, hay cien veces más células que las estrellas que hay en la galaxia, es decir, hay cien veces más posibilidades de clonación del ser humano que el número de estrellas. Luego en el 10 a la menos 7 son mil Armstrongs, y aquí ya la fotografía toma las espirales del DNA, del Ácido Desoxirribonucleico, que es donde

⁶ Por Philip y Phycis Morrison y The Office of Charles and Ray Eames, Nueva York, Scientific American Library, 1999.

están colocados los genes, los cromosomas. Ahí está el centro mismo de la vida, de lo que somos, y de lo que somos cada uno de nosotros individualmente. Se muestra un hilo de DNA de unos cuantos centímetros, donde está almacenado cada uno de los 46 cromosomas del núcleo de toda célula humana; ahí está lo que somos: el color de los ojos, el color del pelo y de la piel; nuestras peculiaridades, si somos muy enérgicos o muy lentos. Según el psicoanalista José Rubio sólo hay dos temperamentos, nada más que dos, rápido y lento. Con el temperamento se nace y se muere; no cambia. Lo que sí cambia es el carácter, pues éste se adquiere por medio de reacciones ante los estímulos externos.

En el 10 a la menos 8, 100 armstrongs, está la escalera molecular, una doble “ese”: “la individualidad del organismo está en la secuencia continua de los diferentes peldaños”. Ya con la delimitación del genoma se ha visto que toda esta complejidad se da con cuatro letras nada más, cuatro posibilidades que se combinan de una forma prácticamente infinita. Se trata de un alfabeto que implica mensajes químicos, deletreados molecularmente. Todo lo que es vida tiene ese alfabeto. La historia que se cuenta en cada célula del cuerpo difiere de individuo a individuo; somos seres individuales, parecidos, análogos, no iguales. Los rieles de la escalera se dividen durante la duplicación de la célula; cada uno actúa como una plantilla para una nueva copia completa de la escalera de peldaños. Las células se dividen, al principio exactamente iguales, pero después, dentro de los estudios evolutivos se muestra que hay distintas variaciones que en un momento determinado son muy importantes, pues explican la individualidad.

Después de ver las hélices del ADN, la fotografía va más hondo y se llega hasta la dimensión 10 a la 6° potencia, en que se puede ver el átomo de carbono, parecido también a una flor. La cámara va penetrando cada vez más hondo, se mete en el núcleo, ¿y qué es lo que hay al final? Al final lo que hay son dos ¿cosas, entes, elementos?, que han retratado: por una parte hay quarks, puntos de luz. Todavía más, dentro de los quarks hay branes, que tienen la figura de clips. Se ha postulado que estos clips se pueden colocar prácticamente en una cantidad infinita de posiciones, y que son ellas las que determinan cuál va a ser la forma en que los quarks se van a “coagular”, en alguna de las materias que existen.

Los quarks son luz que vibra, y al vibrar, al cantar, crean las formas. Tienen razón las escrituras tradicionales: estamos hechos de luz. Poetizando podríamos preguntar, ¿con qué vibran, qué es lo que las mueve? Las mueve el amor de la forma. Los quarks, enamorados del plástico acabaron, por ejemplo, en botellas, en tela, en los múltiples objetos hechos de su materia. Los quarks enamorados del agua acabaron en los ríos, el mar, los arroyos; y los que se enamoraron de la carne, en los volúmenes de todos los seres hechos de carne que poblamos el mundo.

Todo está hecho de luz. Nosotros, la madera, el papel, el plástico, el vidrio, igual que el hígado, los riñones, el corazón y todo lo demás que en el mundo existe está hecho de luz que vibra, y que cuaja en formas. Los físicos todavía no se ponen de acuerdo del todo sobre cómo se mueve la luz. ¿Se difunde por medio de partículas o se difunde por medio de ondas? Se ha optado por concluir que se difunde de las dos formas, unas veces por medio de partículas, otras veces por medio de ondas, lo que determina ciertos fenómenos diferenciados de la luz, que en cierta forma dependen del espectador que las contempla.

No nos metamos en mayores complicaciones hablando de las partículas subatómicas: protones, electrones, neutrones, neutrinos, y quién sabe qué más; se postulan ya 36 o 38, aunque las últimas no las han podido fotografiar, lo único que han podido hacer es calcular que ahí están porque tienen alguna influencia sobre las demás.

Ahora bien, estos quarks tienen a veces peculiaridades sorprendentes, porque a veces están y no están, y son responsables de que estemos en comunicación continua con el cosmos. Estamos, a la vez, donde estamos, y expandidos hasta el último rincón del universo. Trató de explicarlo Itzhak Bentov, científico, inventor de aparatos de laboratorio científico, quien en su libro *Stalking the Wild Pendulum. On the Mechanics of Consciousness*⁷ (*Observando el péndulo salvaje. Sobre la mecánica de la conciencia*), postula que somos como péndulos y obedecemos al principio de indeterminación de Heisenberg.

El gran físico Heisenberg desarrolló la idea de que el momento, es decir el lugar en que se encuentra un cuerpo determinado, es igual a su masa multiplicada por su velocidad. Momento = masa por velocidad. Ahora bien, todo cuerpo, tenga la masa que tenga, se comporta como si fuera un péndulo, y a la pregunta, ¿en dónde está el péndulo cuando su velocidad es cero? ¿Está en perfecto reposo, y su momento es cero?, Bentov responde que está en todas partes y en ninguna. Es decir que en ese momento, por así decirlo, el cuerpo se expande hasta abarcar el tamaño del universo entero, como si fuera un globo, y se contrae instantáneamente, cae hacia la encarnación cuando renueva su movimiento. El cuerpo que vibra como péndulo está conectándose con el universo entero; nosotros también, según esta imagen, porque nuestros cuerpos también se comportan como péndulos. Por supuesto, no tenemos conciencia de ello, afortunadamente.

Los arquetipos que están empezando a usarse son los de la física cuántica, ya no los de la física newtoniana, que sólo funciona para ciertos niveles de la realidad y del conocimiento. Ya no se puede decir con Newton que el mundo es como una maquinaria de relojería; ahora se está planteando como un organismo de naturaleza todavía misteriosa. Hoy se plantea, por ejemplo, que Nuestra Madre Tierra Gea es un solo organismo, que reacciona defendiéndose ante la depredación humana. Los polos se están derritiendo, hay gaviotas donde no solía haberlas, los osos polares se están extinguiendo, el nivel del mar va subiendo, y pronto Nueva York, Londres, Tuxpan, Veracruz y muchas ciudades más van a quedar debajo de las aguas, si no es que han sido destruidas por los ciclones de nivel cinco que ahora proliferan en el mundo.

Ahora bien, regresando a la utilización de las extensiones humanas, y a la realidad, en *Poderes de diez* no se utilizan los lentes nada más para ir hacia adentro, sino también hacia arriba. En esta serie de fotografías no sólo se usa el microscopio, sino también el telescopio. Y van hacia arriba, dando brincos de diez: diez, cien, mil, diez mil, etcétera. Al principio es un hombre y una mujer acostados en un parque de Chicago. Luego podemos ver todo el parque, con su muelle, y todo un enorme barrio, seguido por los Grandes Lagos, el norte de Estados Unidos y México, con su forma tan característica. Y luego se ve la tierra, preciosa: parece una perla azul y blanca, con manchas de café. Se puede determinar dónde está México por su forma de cuerno de la abundancia y de la península de Baja California.

La fotografía se lanza luego hacia el cosmos, hacia el sistema solar, los planetas que conocemos, y más arriba. Y podemos entonces ver estrellas, y galaxias y galaxias, y en un momento dado podemos corroborar que tienen razón los esotéricos, que así como es abajo es arriba, y si en un momento dado, al entrar en la realidad material humana podemos ver que los quarks parecen polvo de estrellas, en la galaxia al final lo que hay es polvo de estrellas.

⁷ Itzhak Bentov, *Stalking the Wild Pendulum. On the Mechanics of Consciousness*, Nueva York, E.P. Dutton, 1977.

Podemos entonces empezar a creer en la unidad del universo. Mundos paralelos, no equivalentes, por supuesto, porque el tamaño de la galaxia es algo inconmensurable, maneja cantidades infinitamente grandes, mientras que el cuerpo humano las maneja infinitamente pequeñas. La Vía Láctea, dentro de la cual nuestro sistema solar no es más que una motita de polvo, es una entre billones de galaxias, y los físicos están postulando que este universo se va expandiendo, se va expandiendo, y creando nuevos mundos. En los hoyos negros la materia se va concentrando y concentrando, hasta que todo desaparece, sorbido en su propio centro. Del otro lado ¿qué hay?, se postula que hay un hoyo blanco. De un lado la materia va desapareciendo, parece que todo se destruye, y se funde en una densidad tan grande que desaparece, pero por el otro lado es posible que lo que esté sucediendo es que se crean otros mundos. La mayor cantidad de lo que hay es espacio, no es materia, es espacio. Y hay una materia negativa, para la cual todavía no se ha encontrado explicación. La física cuántica está llena de sorpresas, y diciendo mucho sobre la estructura y la naturaleza del universo.

Pero no son los niveles infinitamente grandes o infinitamente pequeños los que interesan al historiador. Resulta muy instructivo saber que todos los seres estamos conformados por el sonido y la luz, pero cómo logran danzar juntos para darle forma a las inagotables formas que pueblan el mundo ya no es cuestión que nos competa. La realidad que sí compete al historiador es la que se inicia con los seres humanos.

Averiguar cómo llegamos aquí compete más bien al biólogo que estudia la evolución y que puede entonces plantearse el problema de la intervención de Dios. Me animo a utilizar la palabra Dios, pues no tengo pleito casado ni con la palabra ni con Él-Ella mismo o misma.

Pero como historiadores tenemos que dejar el problema de lado. Recuerdo una escena tomada de una película, *Monsieur Verdoux*, de Chaplin. Es una metáfora muy bella que puede aplicarse a esto. Chaplin hace el papel de un asesino serial que se dedica a casarse con mujeres solas, ricas y las asesina, y según eso les está haciendo un favor, porque solas... mejor mandarlas al otro mundo. Chaplin aprovecha para hacer una comparación con los productores de armamento que van a ser factor muy importante para la guerra, que ya está ahí. A fin de cuentas, en comparación, es un poquitero. Y claro, él se quedaba con el dinero para ayudar a su familia, a su mujer, que estaba paralítica, a sus hijos. Lo agarran y lo condenan a la guillotina. En la escena que encuentro llena de simbolismo para el historiador él está esperando en su celda la hora de la ejecución. En ese momento entra un sacerdote alto, solemne, vestido de negra sotana, y Monsieur Verdoux se levanta graciosamente y le dice: “¿Qué puedo hacer por usted padre?”. El padre queda un tanto sorprendido y responde: “Hijo mío, vengo a ayudarte a que te reconcilies con Dios”. “Entonces su presencia aquí no es necesaria —responde Monsieur Verdoux—, porque mi pleito no es con Dios, es con los hombres”. Chaplin manda por un tubo al curita, y va tranquilo hacia la guillotina.

Efectivamente, el pleito del historiador es con los hombres. ¿Interviene Dios en la Historia? Pues si interviene, seguramente lo hace actuando como azar, y definitivamente a través nuestro. Somos los hombres los responsables, y si hay pleito, si acaso hay pleito, es con los hombres. A Dios lo dejamos aparte.

Calculo que no queremos caer en el fundamentalismo, que yo creo es la cosa más abominable del universo. El fundamentalismo es una vertiente de la locura. “Yo tengo la verdad, yo estoy del lado de Dios, y Dios me ha dado la verdad a mí, y sólo a mí”.

Ahora bien, si Dios interviene a través de nosotros, entonces nosotros qué papel desempeñamos, ¿cómo es que nosotros intervenimos? Esto sí ya es cuestión del historiador. ¿Hará

su historia a partir de las características de la divinidad que reseñé anteriormente? ¿El historiador juega, quiere salirse con la suya, se comporta en formas variadas, brilla e ilumina, gusta de ser alabado, está en continuo movimiento? ¿Qué relaciones tiene todo esto con la ponderación de la realidad histórica y de las formas en que podemos crearla?

Materia todo ello de futuras disquisiciones.